

Capítulo 410

Un Dios del Orden Único en su Tipo

A pesar de lo que algunos humanos en la Tierra puedan creer, los dioses no tienen la capacidad de interferir con el libre albedrío de un mortal.

Pero pueden seducir, obligar e implantar cualquier cantidad de sus propias sugerencias hipnóticas para lograr que hagan o actúen de una determinada manera.

Básicamente, pueden engañar a la mente y al cuerpo.

En última instancia, todos esos métodos caen bajo el amplio paraguas del control mental y, por lo tanto, se pueden romper si se utilizan los métodos adecuados.

Sin embargo... existe una versión más avanzada de este poder, que fue despojado de la realidad hace mucho, mucho tiempo.

Esa es la capacidad de manipular el libre albedrío.

No someterlo a estímulos que puedan ser eliminados por otros, sino manipularlo verdaderamente; y ahí radica un mundo de diferencia.

La manipulación del libre albedrío de un ser consiste en reescribir verdaderamente a ese ser, sin importar quién o qué sea; en moldear su corazón, alma, cuerpo y mente, como si fuera plastilina.

Se trata de quitarles todo lo que alguna vez fueron, son y podrían ser, en favor de lo que aquel que los moldea quiere que sean.

En efecto, poniéndolos bajo su “orden”.

Pero una vez más, nadie tiene un poder como ese en este plano.

Al menos no lo tenía nadie, hasta ahora.

Justo delante de los ojos de Ares, Abaddon comenzó a cambiar.

Los tatuajes negros que se arremolinaban a lo largo de su cuerpo, desde el cuello hacia abajo, comenzaron a brillar y se entrelazaron con milagrosos diseños dorados.

Un segundo par de cuernos negros, más cortos, aparecieron desde la parte superior de su cabeza, justo en medio del primer par.



Los rasgos de su rostro se volvieron más suaves y amables, mientras sus ojos mantuvieron su aire de incontestable superioridad.

De la nada, unas muñequeras doradas se envolvieron alrededor de sus brazos, y cada uno de los nueve anillos en sus dedos comenzó a brillar, con un brillo y un lustre incalculables.

Aunque no quería, Ares no tuvo más remedio que admitirlo.

Este hombre era un dios.

De rectitud, o justicia, verdades defendidas y por supuesto... orden.

Su propio orden.

Sin embargo, esa idea sólo sirvió para perturbar aún más al ya peligrosamente inestable Ares.

—¡Ahórrame este espectáculo, mátame y acaba con esto de una vez! —
escupió Ares con los dientes ensangrentados—. ¡Mátame y se acabó!

Abaddon meneó la cabeza, como si estuviera decepcionado por la incredulidad de Ares.

"Eres... muy miope para ser un dios. Dime ahora... ¿por qué te contaría sobre mi poder, si lo único que quisiera hacer fuera matarte y marcharme? ¿No sería eso una falta de visión de mi parte...?"

A Ares no le gustaba hacia dónde iba esto y comenzó a luchar para liberarse de la espada con la que había sido empalado, y eso parecía que no le estaba haciendo ningún bien.

Sin embargo, Abaddon puso una mano sobre su cabeza, y sus golpes se detuvieron en un instante.

Una luz dorada los envolvió a ambos en su gloria, y Abaddon miró al dios de la guerra con lástima.

"Te dejare permanecer tal como eras... te dejare conservar todos los recuerdos de tu vida, excepto este. Pero te regalo esto.

Desde ahora y hasta que tu alma deje de existir, cada vez que escuches mi nombre, te llenarás de los más horribles e inquebrantables sentimientos de inferioridad, que se acumularán como granos de arena en una playa.

Cuanto más crezca tu inferioridad, más perderás todo lo que más valoras de ti mismo: tu orgullo, tu bravuconería, tu autoestima. Pero no todo es tan sombrío. Hay una luz al final del túnel..."



Abaddon se arrodilló y agarró a Ares por el cabello, mientras le obligaba a mirar directamente a sus ojos rojos.

"Solo tendrá consuelo en el momento en el que intentes matar al resto de los dioses de arriba, especialmente a tu padre y al resto de los olímpicos.

Porque en tu angustia, podrás cumplir momentáneamente el sueño y el deseo que más aprecias; acercándote cada vez más a imitarme en términos de poder".

La sensación de horror que se apoderó de la psique de Ares desapareció en un instante, cuando sus ojos se pusieron en blanco y se desmayó.

Sonriendo, Abaddon quitó la espada de la espalda de Ares, dejándole caer al suelo.

Sabía que Ares nunca podría matar a todos los demás dioses, pero sin duda ellos se verían perjudicados.

Esto fue sólo una pequeña muestra de la venganza que Abaddon planeó contra Zeus, por mantener a su familia como rehén.

Un momento después, Abaddon chasqueó los dedos, disipando el cubo espacial que los rodeaba y poniendo fin a todo este esfuerzo.

El cuerpo de Ares finalmente desapareció en un destello de luz dorada, junto con el medio cadáver destrozado de Bosou.

Abaddon dejó que sus pies con garras aterrizaran en las aguas del pantano, y Papa Legba reapareció frente a él un segundo después, como si hubiera estado esperando.

"Bueno... fue todo un espectáculo, señor Tathamet. Aunque me pregunto por qué no nos permitió ver el final. ¿Fue por este cambio de vestuario?"

Abaddon se encogió de hombros y le mostró al loa una pequeña sonrisa. "Ni mucho menos. Sólo quería dejar algunas cosas preparadas y darles una sorpresa a mis enemigos. De las cuales todavía hay muchas, te recuerdo."

"¿... y nosotros, los loas del vudú, somos tus enemigos?" preguntó Legba con curiosidad.

Un pequeño destello de luz brilló en los ojos de Abaddon, mientras miraba al anciano cubierto de pintura facial.

"Caso por caso, Legba. No hay ningún panteón entero que esté a salvo de mí. Pero aquellos que no han hecho daño, no tienen nada que temer de mí, ni de mis parientes".



"Ya veo... Espero que sigamos reuniéndonos en circunstancias agradables en el futuro entonces".

Tan rápido como apareció el poderoso loa, desapareció.

Ocupando el lugar, las esposas de Abaddon lo rodearon rápidamente, con sus miradas fijas en su cuerpo, con seriedad.

—He vuelto a poner una barrera a nuestro alrededor, cariño. No hay necesidad de bravuconerías —dijo Audrina con gran preocupación.

Abaddon se rió entre dientes, mientras disipaba su transformación, y dejó escapar un suspiro de cansancio.

Sus rodillas rápidamente se doblaron debajo de él y Lillian se encargó de atraparlo, envolviendo su brazo alrededor de sus hombros.

—Tranquilo, mi amor... ¿Por qué tuviste que ser tan tonto? —preguntó preocupada—. Manipular el libre albedrío era solo una hipótesis que tenía Gabbrielle, no algo que quería que intentaras.

—Lo sé, pero... esos cabrones tiraron mi comida al pantano. No podía dejar que eso quedara impune, ¿verdad?

Bekka: "B-bueno, no, pero..."

Lailah: "Bekka, quédate fuera de esto".

Bekka: "Eso probablemente sea lo mejor, sí."

Justo cuando parecía que las esposas estaban a punto de comenzar a regañar a su marido, otra figura apareció para hacerlo en su lugar.

Una mujer a la que siempre se podía ver con un vestido azul y un velo que cubría todo su cuerpo; pero aún así emitía la sensación de estar contemplando una gran belleza.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y Abaddon tuvo la sensación de que lo estaban mirando fijamente.

"Ah, Asherah... Es maravilloso verte de nuevo..."

—Te pedí una cosa muy sencilla, Tathamet. ¿Es tan difícil para ti seguir instrucciones sencillas?

"Creo que lo hice bastante bien, ¿no?"

"¿Bastante bien? No creas que no sé que la mayoría de los poderes que usaste hoy no habían sido probados. ¡Cualquiera de ellos podría haber destruido este mundo!"



"Lo sé..."

"¡Tu divinidad espacial podría haber cortado este mundo en pedazos!"

"Tenía suficiente control para no permitir que pasara algo así..."

"¡Esa técnica de movimiento instantáneo podría haberte movido a Mach 10 y haber destruido todos los kilómetros de tierra por los que viajaste!"

'Pero Superman nunca tuvo ningún problema de ese tipo... me pregunto si eso significa que soy más rápido que él...'

"Quiero decir, ¿un agujero negro en la Tierra? ¡Tu control sobre la gravedad se ha vuelto tan fuerte que podrías haber detenido este planeta en un instante! ¡Y si la Tierra deja de moverse de repente de esa manera, entonces arrojarás a todos los seres vivos que hay en ella por todos lados!"

'No entiendo eso... Tal vez debería haber prestado más atención a la clase de física en la secundaria.'

"Eso sería como si absorbieras todo este mundo y destruyeras todos sus átomos en... Oh, ¿cómo se llama...?"

"¿Espaguetis?", adivinó Bekka.

"¡Sí! ¡Espaguetis!" -gritó Asherah.

Abaddon quería reír, pero sintió que eso solo lo llevaría a problemas más graves con la diosa madre.

"¿Y usar tu poder sobre el orden por primera vez, de todas las criaturas de la existencia escogiste a un Dios...? ¿En qué estabas pensando? ¡No es de extrañar que apenas puedas mantenerte en pie ahora mismo!"

Asherah chasqueó los dedos y los once fueron inmediatamente teletransportados a su habitación del hotel, en un solo segundo.

Con un solo dedo, empujó a Abaddon hacia la cama y lo envolvió en una manta, como si fuera un burrito de 6'8; sin dejarle forma de defenderse.

"Sólo estoy cansado, esa es la única razón por la que ella fue capaz de presionarme de esta manera", pensó, intentando curar su orgullo herido.

Suspirando, se paró junto a la cama, mientras colocaba la palma de su mano sobre su cabeza.

"Abaddon... Tu poder es para que puedas inspirar a las masas y vencer a aquellos que no quieren ser derrotados.



Jugar con tus poderes más destructivos, de manera tan arrogante, para abrumar a aquellos que ni siquiera podrían haber comenzado a ir contra ti, no solo está por debajo de ti, sino que también te convierte en un matón".

"...Les advertí que me dejaran en paz", se defendió Abaddon.

"No saben lo que hacen. Son simplemente hombres orgullosos, que se enfurecieron porque las mujeres que están a su lado sólo piensan en tí".

"Deberían haberlo dicho antes. Estoy dispuesto a enviar a cualquiera de mis esposas a matar a sus mujeres".

Asherah miró por encima del hombro a la más joven de las esposas de Abaddon, una dragona de cabello blanco que emitía un comportamiento tierno y delicado.

Ella no podía imaginarse matando a alguien honestamente.

"...Sí, bueno, sea como sea...", comenzó Asherah. "Eres y siempre has sido un ser de gentileza y compasión.

Aunque tu guerra pueda ser necesaria, trata de no dejar que tu dolor te convierta en algo que no eres.

"¿Te refieres a como actué antes?" adivinó.

Ante esto, Asherah guardó silencio y se alejó de su cama.

"De hecho... creo que ya entendiste el punto, así que seguiré mi camino".

La diosa madre se detuvo para mirar a cada una de las esposas de Abaddon.

"Disfrutad el resto de vuestras vacaciones y haced todo lo posible para que no se meta en problemas, ¿de acuerdo?"

"...Sí, señora." Dijeron todos en voz alta.

Asherah se fue un momento después, y el dios dragón permaneció enrollado y abrigado en la cama, pensando en muchas cosas.

Sabía que Asherah tenía razón respecto a su comportamiento, pero había algo más en lo que no podía evitar pensar.

Si Asherah estaba tan molesta por todo lo que había hecho, ¿por qué no lo detuvo antes?

«Oh... no pudo», se dio cuenta.

